

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (AÑO B)

Is 35,4-7a; Sal 145; St 2,1-5; Mc 7,31-37

COMENTARIO*Un milagro particular de Jesús*

Continuando el camino con Jesús, asistimos hoy a un episodio particular, relatado por San Marcos evangelista. Se trata de la curación milagrosa que Jesús ha realizado en un sordomudo «en pleno territorio de la Decápolis» después de haber salido de Tiro y Sidón. La mención de estas tres localidades no israelitas parece subrayar un contexto especial del milagro: en plena tierra pagana. Del mismo modo, el evangelista ha descrito lo que ocurrió en la insólita curación con detalles de las acciones de Jesús y de la reacción del pueblo. Esto hace que el milagro cumplido sea un evento impregnado de mensajes teológicos y espirituales importantes, incluso para nosotros hoy. Nos detenemos sobre los tres puntos más relevantes.

1. «Ha hecho bien todas las cosas» la perspectiva de la creación universal

Para comprender el mensaje del relato, es necesario partir de la aclamación final del pueblo que el evangelista ha relevado después del milagro de Jesús. [Ellos], llenos de estupor, decían: “ha hecho bien todas las cosas: hace oír a los sordos y hablar a los mudos”. La expresión “hacer bien todas las cosas” refiere directamente al comentario del autor sacro en el relato de la creación del mundo, en el que se repite el refrán «Dios vio que era cosa buena» después de terminar cada una de sus obras singulares (cf. Gen 1,10.12.18.21.25). Al final, después de la creación del hombre, encontramos un resumen culminante: «Dios vio cuanto había hecho, y he aquí que era una cosa muy buena» (Gen 1,31). Desde esta óptica, la alabanza de la gente a Jesús después de la curación del sordomudo hace recordar la que se hace al Dios creador y nos hace ver que el milagro de Jesús como una nueva creación, soñada largamente por el Pueblo de Dios y predicha muchas veces en los profetas.

En efecto, como está escrito en Is 35,4-7 (primera lectura), el grande profeta Isaías ha dejado en su libro la visión de la nueva era en la que Dios viene a salvar a su pueblo perdido, cumpliendo sus prodigios al hacer recobrar la vista a los ciegos, el oído a los sordos y la lengua a los mudos (cf. también el Sal 145; salmo responsorial). Estos son los signos concretos de una restauración universal del mundo, de la que «surgen aguas en el desierto». Esta visión del mundo renovado se ha cumplido en la curación del sordomudo que Jesús ha realizado. Si bien, este milagro lo ha hecho a solo una persona, la aclamación de la gente se encuentra en el plural, es decir, en modo general: «¡hace oír a los sordos y hablar a los mudos!». El hecho de que Jesús ha cumplido el milagro en tierra pagana, fuera de Israel, parece indicar la dimensión universal de la acción en todo el mundo y para toda la humanidad.

2. Descifrando las acciones curiosas de Jesús

Partiendo de la perspectiva de la nueva creación que el evangelista parece sugerir en el relato, podemos comprender mejor las acciones curiosas de Jesús en aquella situación. Hay que subrayar que, para curar al sordomudo, Jesús en su potencia divina podía simplemente imponerle las manos, como le fue pedido, o solo decir “Anda, tu fe te ha salvado”, como ya hizo en muchas otras ocasiones. Por tanto, si Jesús ejecuta una serie de actos concretos, que resultan hasta extraños, como tocar la lengua con saliva, todas sus acciones parecen tener un significado que es preciso descifrar.

En primer lugar, el hecho que «[Jesús] lo llevase aparte, lejos de la multitud» parece indicar la intención de actuar lejos de la atención del público, como ofreciendo un “espectáculo”. Se subraya aquí, como en cualquier curación, que Jesús el Mesías cumple prodigios exclusivamente para el bien

del necesitado y nunca para demostrar a la gente su potencia, o bien, para hacer un espectáculo o un “show” al público.

Sucesivamente, las dos acciones de Jesús que siguen, resultan muy significativas, justamente en la perspectiva de la creación: «Le puso los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua». Estas cosas parecen replicar el proceso de plasmar al hombre primordial por parte del Dios creador que, como se puede imaginar de la concisa descripción del libro del Génesis, realizó, como un artesano y un escultor, el cuerpo humano del polvo del suelo, excavando las cavidades de orejas y boca, y formando la lengua (cf. Gen 2,7). La acción de excavar el oído por parte de Dios es mencionada también en el Sal 40, donde el salmista ruega: «Sacrificio y oferta no aceptas, *me has abierto los oídos* [literalmente *excavado*], no has pedido holocausto y sacrificio por el pecado. Entonces yo dije: “Heme aquí, yo vengo”» (Sal 40,7-8) Así, cada día Dios continúa a abrir, más bien, a excavar, los oídos a sus fieles para que escuchen en primer lugar su palabra y para cumplir su voluntad salvífica. Jesús ahora abre al sordomudo los oídos y le suelta la lengua con su saliva divina para restituirlo al estado original de hijo de Dios creado y renovado para escuchar y alabar al Dios creador.

3. «*Effatà, ábrete!*». El grito místico perenne de Jesús

Después de sus acciones insólitas, el acto final de Jesús en la curación resulta todavía más misterioso y, al mismo tiempo, profundo en el plano teológico espiritual. Él, «mirando hacia el cielo, suspiró y dijo: “*Effatà*”, es decir, “*Ábrete*”». Mientras podemos comprender el gesto de mirar al cielo (para dirigirse a Dios), así como el imperativo arameo que se hace al hombre para abrir los oídos y la lengua, permanece oscuro el por qué “suspiró” o, literalmente, “gimió”.

Para comprender el gemido de Jesús, hay que recordar lo que San Pablo ha observado sobre la situación de toda la creación que espera su redención: «sabemos que toda la creación a una *gime* y sufre los dolores del parto hasta hoy. No solo, también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente aguardando la adopción a hijos, la redención de nuestro cuerpo» (Rm 8,22-23). A la luz de estas santas palabras, el gemido de Jesús junto al sordomudo nos parece indicar toda su solidaridad con el estado actual del hombre necesitado de redención. En otros términos, Él gime con toda la humanidad hacia el cielo. Jesús transfiere sobre sí todas las enfermedades, sufrimientos e imperfecciones de la creación para regenerar a todos y a todo y hacerlos verdaderos hijos de Dios, capaces de escuchar su palabra y de hablar “correctamente” a Dios y sobre Dios.

En conclusión, hay que recordar que, como se lee en un comentario a la misa,

el gesto de Jesús, narrado en el evangelio, se actualiza en un gesto cumplido por la Iglesia para la iniciación de los catecúmenos. En el rito del Bautismo, actualmente en vigor, el gesto del *effatà* fue colocado al final, entre los signos de conclusión y de felicitación. Mientras se toca los oídos y la boca del bautizando, el celebrante dice: «El Señor Jesús, que hizo oír a los sordos y hablar a los mudos, te conceda escuchar pronto su palabra y de profesar tu fe para alabanza y gloria de Dios Padre». Se nota aquí un claro intento pastoral: hacer comprender a los progenitores y a los padrinos que el niño, que ellos han hecho bautizar, tendrá que ser «instruido» en la fe mediante la escucha de la palabra de Dios y ser educado en la expresión de esta fe en la oración y en la vida. (*Messale dell'Assemblea cristiana – Festivo*, a cura del Centro catechistico salesiano Leumann [Torino] Editori Elle Di Ci - Esperienze - Edizioni O.R. - Queriniana)

Así, para todos nosotros los bautizados, el Señor nos ha abierto los oídos y los labios en el Bautismo. Él continúa a hacernos este don de oídos y labios nuevos hoy y cada día, para enviarnos a ser sus testigos en las naciones. Como San Marcos ha reportado, el último mandato del Señor resucitado a

los discípulos fue: «Vayan por todo el mundo y proclamen el evangelio a toda criatura»; así, también nosotros estamos llamados a transformarnos en anunciadores de su evangelio salvífico para todo hombre/mujer y, además, para toda criatura. La misión de evangelización que Jesús nos ha confiado será nuestra participación en su obra divina para regenerar todo y a todos en Dios a través de su sacrificio supremo en la cruz, que se actúa místicamente en cada Eucaristía que celebramos. Oremos para que Dios nos inspire y nos ayude a responder positivamente a la invitación perenne de Jesús “*Effatà, Ábrete*”, para transformarnos cada día en una nueva criatura, a fin de que podamos también nosotros transmitir con alegría esta invitación divina a todos los que encontramos por los caminos del mundo. ¡Amén!